

## CAPÍTULO XVII.

## LA ESTATUA ECUESTRE DE S. M. CARLOS IV.

## I.

El 9 de diciembre de ese año de gracia de 1796, la nobilísima ciudad de México, capital de Nueva España, ostentaba sus arreos de fiesta como una jóven el día de sus esponsales.

Las campanas de los templos anunciaron la salida del sol con un repique á vuelo capaz de despertar á todos los difuntos, los cañones saludaron la aurora con sus detonaciones, y una infinidad de cohetes poblaron el espacio.

Como era natural, la poblacion que dormia se despertó con aquella algazara y se echó á andar por las calles y plaza principal, donde las músicas se confundian entre aquel estruendo de voces y detonaciones.

Las tropas comenzaron á desfilar situándose frente al palacio de Hernan Cortés.

— Hay van los *Tolucos*, decia una mujer del pueblo, esos sí son valientes.

— Mas lo son los *Poblanos*, respondió una vendimiera.

— Puede ser, pero la gente de mi tierra es de lo bueno.

— Los de la mia á nadie le tienen miedo.

— Las dos tienen razon, dijo un viejo que medió en la disputa, esos batallones criollos pueden habérselas ----

— ¡Con quién? preguntó un sargento español, encarándose al viejo.

— Con el que lo busque, señor sargento.

— Esa es otra cosa.

— Es la misma que yo decia.

— Y á que hora comienza la fiesta, señor sargento?

— A las ocho de la mañana.

— Falta mucho tiempo.

— Su Excelencia el virey saldrá como hace cinco meses, rodeado de toda la corte.

— Y bien que me acuerdo, dijo la vendimiera; el señor Branciforte puso la primera piedra de la estatua: llevaba un baulito de cristal metido en otro de plomo, ¿y no sabe el señor sargento qué contenia?

— Perfectamente, las Guías de forasteros de Madrid y México y monedas de todos metales de aquel año, y una certificacion de todo el acto grabada en una lámina de cobre.

— ¡Y para qué es todo eso si nadie lo ha de volver á ver?

— Demonio! será para algo bueno, donde lo hace S. E. el virey.

— Eso es otra cosa.

— Yo tengo mejor idea.

— ¡Cuál es?

— La de haber metido en el baul otra cosa mas útil; pongo por caso la Ordenanza militar.

— Ya lo creo.

— ¡Y quién ha hecho el *caballito*?

— Quién ha de ser, D. Manuel Tolsa.

— Tolsa?

—Sí, el mismo, en eso nada hay de extraño, quien hace *iglesias y colegios* no ha de fabricar caballos?

—Como que tiene mas talento que nosotros.

—Bah! bah! la buena mujer, figúrese que de esa cabeza salen tantas composturas, y estatuas, y pilastras, y torres, etc. etc.

—Jesus! Jesus! como la tendrá por dentro!

—Eso Dios lo da, no se aprende; yo le he oído al coronel de mi cuerpo que asiste con la gente de arriba, que Manuel Tolsa es una cosa como genio.

—Mi marido lo tiene malísimo, así es que solo le sale de la cabeza una llamarada de disparates.

—¿Y de que mas?

—No sea chancista el señor sargento!

—Demonio! demonio! ahí viene una turba de chicuelos gritones como los pitos de banda.

—Seguramente los trae el husmo de la *jura*.

—Precisamente, como que si no toman lugar, no pescarán una sola medalla.

—Me parece que nosotros venimos temprano.

—Así se hace, hoy come el pueblo por cuenta de S. M.

—A bien que Su Magestad come todo el año por cuenta del pueblo.

—Sois una habladora.

—Yo repito lo que dice todo el mundo.

—Adelante.

Un grupo de muchachos precedidos por Pedro el Negro se lanzaron entre aquel mar de gente, magullando viejas, haciendo llorar á los chicos y provocando la impaciencia de los hombres.

—A tomar lugar! gritó Pedro.

Y como un ariete se lanzaron sobre aquel muro viviente, hasta colocarse bajo el balcon del centro del palacio.

—Hemos llegado, compañeros.

—Y con buen viento.

—Te has traído entre las uñas tres pañuelos.

—Ese es mi botín de guerra.

—Demonio! hemos estropeado á un negro que es ciego segun parece.

—Y lo es efectivamente, dijo Pedro; no tengas cuidado, es persona de confianza; figúrense que es mi abuelo.

—¿Y así lo tratas?

—Qué importa! con las gentes de casa no se gastan cumplimientos.

—Bien dicho.

—¿Y mi hermano no vendría con él?

—Le servía de diestro.

—Allá se las compongan.

Pedro el Negro, á pesar de su cinismo de pilluelo, guardaba un odio profundo á la Inquisicion; creía que Camila se encontraba en su poder, y ya le parecia verla sufrir aquellos tormentos que hacian, segun el dicho de las viejas, enfriar las carnes del cristiano.

Pedro el Negro sentia hervir su sangre y no encontraba en su impotencia un desahogo á sus intenciones de venganza.

El infernal negro se aplazaba para cuando llegase el desarrollo de su edad juvenil; para entónces se creía fuerte y capaz de llevar adelante sus ideas, entre tanto sufría y se ensayaba en la escuela del pillage. Aprendiz del crimen, era un verdadero genio para las maldades; inventiva fecunda que determinaba una alma envuelta en las tinieblas de la predestinacion, azote de la humanidad en el porvenir.

Pedro el Negro era un reptil venenoso, que se trasformaba en una ceraste; porque hay seres que nacen para dar esos espectáculos que horrorizan á una sociedad y forman época en los anales del crimen.

Aquel muchacho, perdido por su color, deforme por sus facciones, horrible por sus instintos y repugnante por su conducta, lo conservaba la Providencia como al huracan, para la destruccion y el exterminio.

Tal era la mision de esa criatura y debia cumplirla.

## II.

El virey Branciforte era un hombre terrible, que por conservar el favor del monarca hacia cuantas atrocidades registra la bajeza y la miseria humana.

Aun no habia comenzado á gobernar, dice un historiador, cuando la fama de su rapacidad se habia extendido por toda la Nueva España. En union de un señor Perez de Soñancas, puso una *almoneda* de empleos rematándolos al mejor postor.

En aquella época estaba en su mayor fervor la guerra con Francia, y se habian recibido órdenes muy estrechas para que se velase la conducta de los franceses residentes en México. Eran estos poquísimos en número, pues se vigilaba sobre todo extranjero, negándoles á la mayor parte la entrada en las Américas como pudiera hacerse en China. Sin embargo, sobre este pequeño número descargó una horrible persecucion Branciforte, cual pudiera Diocleciano sobre los cristianos; en un momento fueron arrestados en calabozos y----- robados sus bienes.

El asesor Francisco Javier de Borbon pedia con voz estentórea en la sala de audiencia, que despues de *agarrotados* los franceses, se *clavasen* sus lenguas en escarpas de hierro á las entradas de la ciudad, porque habian hablado con poco decoro de la *castidad* de la reina María Luisa de Borbon esposa de S. M. Carlos IV, y cuya virginidad conyugal, puede decirse se puso en contradictorio juicio.

Era extraño que los infelices franceses fueran castigados por un negocio de pública voz y fama; porque el privado Godoy no se ocultaba ni del rey ni del marido.

Godoy fué el fundador de la familia *Marfori*.

Resultaba que los infelices franceses perdian sus bienes y

eran expulsados, mientras Branciforte se colgaba el Toison de Oro y gozaba de grande aprecio en la corte de Madrid.

Con muy pocas excepciones, eran de la misma calaña los enviados á gobernar la Colonia.

Volvamos á nuestra historia.

Branciforte habia pedido venia á S. M. Carlos IV para levantarle una estatua en la plaza mayor de México, y el rey tuvo á bien concedérsela.

Hasta ahora no hay ejemplo de que alguien se haya resistido á semejante peticion.

El virey habia colocado el 18 de julio de 96, la primera piedra del monumento, con toda solemnidad, encargando á don Manuel Tolsa hiciese una estatua ecuestre de madera, mientras se fundia en bronce la que debia sustituirla.

El 8 de diciembre, cumpleaños de S. M. la reina, el artífice colocó la estatua en el pedestal.

Deciamos que el dia 9 de diciembre habia una gran concurrencia en la plaza y calles adyacentes, esperando el momento en que S. E. apareciese en el balcon principal del palacio.

La nobleza, los tribunales y la Inquisicion, precedidos por Branciforte, se presentaron en el palco de aquel teatro.

El pueblo guardó silencio.

El virey hizo una seña con el pañuelo, y el velo que cubria la estatua se deshizo en gajos.

Un grito unánime de entusiasmo se dejó oír en la ancha plaza, las músicas rompieron en himnos marciales, la artillería atronó el espacio con sus detonaciones, y las campanas de todas las iglesias repicaron á vuelo.

La estatua era magnífica!

El rey Carlos IV apareció montado en un soberbio caballo, que parecia marcar arrogantemente el paso.

El rey ostentaba el cetro con magestad, mientras su caballo con arrogancia insolente, posaba una mano sobre el águila me-

xicana, y estrujaba con la herradura de una de sus patas el carcaj indio.

Pasado el momento de la exaltacion ante una obra de arte, fijóse la atencion sobre la actitud del jinete y del caballo.

¡Humillacion espantosa!-----

Las armas de nuestros mayores, aquellas sagradas enseñanzas ostentadas por Guatimotzin entre las llamas del tormento y ametralladas por Hernan Cortes en el inolvidable sitio de México, yacian á la faz del pueblo conquistado, holladas por el caballo del conquistador!

El pueblo se sintió herido en su sentimiento nacional, y las cenizas amortiguadas que no pudo dispersar el aire de la conquista, se reanimaron con una chispa, que pronto se convertiria en un incendio que abrasaria todo un continente.

Branciforte y su esposa arrojaron multitud de monedas de plata al pueblo, que se agrupaba, con ese desenfreno propio de tal espectáculo.

Era tal la confusion y el atropello, que la crónica refiere que á un hombre que se puso la moneda en la boca por salvarla de la rapacidad de sus compañeros de tumulto, le rompieron las mandíbulas hasta extraerle la moneda.

La inscripcion de las medallas en idioma latino, decia en el anverso, donde estaban los bustos de los reyes:

CAROLO. IV. ET. ALOYSIAE.

HISPAN. ET. IND. RR. AA.

MARCH. DE. BRANCIFORTE

NOV. HISPAN. PRO-REX

C. F. ET. D. MEX. AN. 1796.

En el reverso se figuraba la estatua ecuestre del rey, con la misma inscripcion colocada en las cuatro lápidas del pedestal.

CARLO. IV.

PIO. BENEF.

HISPAN. ET. IND. REX

MICH. LA. GRUA

MARCH. DE. BRANCIFORTE

NOV. HISP. PRO-REX

GUAE. MEXICANAEQUE. FIDELIT

H. M. P.

En el pedestal de la estatua se leia con letras de bronce dorado la siguiente inscripcion en castellano:

A CARLOS IV,

EL BENEFICO, EL RELIGIOSO,

REY DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS,

ERIGIÓ Y DEDICÓ

ESTA ESTÁTUA,

PERENNE MONUMENTO DE SU FIDELIDAD

Y DE LA QUE ANIMA

A TODOS ESTOS SUS AMANTES VASALLOS,

MIGUEL LA GRUA,

MARQUES DE BRANCIFORTE,

VIREY DE ESTA NUEVA ESPAÑA

AÑO DE 1796.

En seguida del descubrimiento de la estatua se pasó toda la comitiva á la Catedral, en donde cantó misa de pontifical el arzobispo y predicó un largo sermón el canónigo Beristain, y corre impreso, y se llamó por el pueblo *sermón del caballito*.

Después de dirigirse á la garita de San Lázaro, donde fueron recibidos por el consulado del comercio, el virey hizo descubrir una lápida en que con letras de bronce se dice, que en aquel día, comenzaron allí el camino de Veracruz de que estaba encargado el consulado: púsosele por nombre *El camino de Luisa*, seguramente por lo torcido.

Pasó después Branciforte al lugar donde habían de fijarse los cimientos, tomó en sus manos varios instrumentos de albañilería y los entregó al tribunal del consulado en señal de la comisión que se le confería para dar principio á la empresa.

Publicóse un bando permitiendo elaborar libremente el aguardiente de caña, prohibido antes hasta con *excomuniones* porque perjudicaba al comercio de España.

Ya los conquistados podían tomar *chinguirito* sin temor de condenarse.

La tradición ha llegado hasta nosotros, y por eso oímos en algunos pueblos, á los vendedores de licor gritar; *¿quién se condena?..... quién se condena?*

¡Pobre Estado, que necesitaba para ser obedecido los anatemas de la Iglesia!

¡Pobre Iglesia, que para ser respetada necesitaba del apoyo del Estado!

La intolerancia era la *liga* de los dos poderes; una vez rota quedarían separados para siempre!

### III.

Llegó la noche de ese día memorable, y el pueblo que parecía no haber abandonado la plaza, recibió un refuerzo de todas aquellas personas que por diversos motivos no podían ver la luz en pleno meridiano.

Grandes fuegos artificiales debían divertir á la corte y á los fieles súbditos de S. M.

Junto á una de las fuentes de la plaza estaba el estudiante Pedraja con un grupo de amigos, todos *criollos*.

—¿Qué te ha parecido la solemnidad?

—Todo ha estado perfectamente.

—¿Todo?

—Sí, hombre, ya todos sabemos lo que quiere decir *todo*.

—Está bien, y entre paréntesis, el carcaj que está pisando el caballo, está perfectamente trabajado.

Pedraja y el resto de amigos comprendieron perfectamente la sátira.

—Es de notarse que estos señores no pierden ocasión de humillarnos.

—Ese es su oficio.

—Yo no sé nada de historia; pero me basta retener en la memoria los hechos decantados de la conquista.

—Te estás comprometiendo.

—Hablo entre amigos.

—Pero las paredes oyen.

—No importa; decía que todo se redujo á sorprender á un pueblo desarmado y saquearlo á su sabor. ¡Vive Dios! que no sería malo hacer una de Luis XVI.

—Silencio, Pedraja!

—No me da la gana, ya estoy punto ménos que fastidiado con esta gente; cree que el espíritu nacional se ha extinguido, y siento hoy más que nunca sublevarse mi sangre de raza.

—Podemos parar en la horca, como le acaba de pasar á esos infelices franceses con las órdenes de Branciforte.

—Los franceses siempre lo merecen.

—Esa es otra cuestión.

—Ya veis como se nos humilla á cada paso, nosotros no podemos obtener cargos públicos, ni en el gobierno, ni en el ejército, ni en la Iglesia; ¡demonio! estamos en la misma condición que los judíos en España.

—Amigo Pedraja, el que manda, manda.

—Ya veremos mas tarde.

—Queridos, dijo uno de los del grupo, esto me huele á conspiracion; buenas noches!

—Yo no me comprometo, agregó un segundo, y se marchó á ejemplo del primero.

—La cosa anda mal, añadió un tercero, incorporándose á la multitud.

—Cuidado con la lengua, Pedraja, y siento mucho que ya no nos podamos ver en lo de adelante; porque las delaciones están á la órden del día.

—Prudencia, chico, y haz por no encontrarme.

—Idos al demonio, exclamó Pedraja desesperado, al ver como huian sus compañeros. Me han dejado solo esos miserables ---- tienen razon, el espionaje es espantoso ---- ademas, ¿qué me importa que el caballo pise ó no el carcaj? ---- Yo no soy un espadachin ni un conspirador ---- sin embargo, estos malditos españoles no los puede ver mi alma ---- cada vez que veo salir á un condenado por la Inquisicion, la sangre me hierve como la olla de un puchero y sería capaz de ---- ¿Qué se habrá hecho Rosalía? ---- Esta vida es desesperada ---- ese demonio de capitan la tenia en sus brazos ---- vamos, que lo he matado sin saber lo que me hacia ---- Don Félix entraba en esa casa misteriosa en pos de otra dama ---- Bien pensado, fué una locura mia ---- matar á un hombre por nada ---- no, no, siempre es algo eso de que la mujer de uno, es decir, aunque no sea la verdadera, se desmaye en los brazos de un zascandil ---- Soy un bárbaro, Rosalía me ama, eso está fuera de duda; pero no me explico como ---- Dios mio! ---- Dios mio! ---- ese hombre!... ella! ---- ella! ---- Deteneos! ---- deteneos! ----

En aquel momento un capitan de los guardias del virey, tomaba el brazo á una mujer encubierta y atravesaba frente á Pedraja sin notar los gritos del estudiante.

## CAPITULO XVIII.

### ENTRE PARENTESIS.

#### I.

Recordarán nuestros lectores que Lino el mulato recibió á la hija de Treviño para conducirla á la casa de la bruja.

Efectivamente, el cómplice de la madre Paulina se dirigió con la jóven á una casa lujosamente puesta en la calle de la *Enseñanza*.

Todo el menaje era de última moda y esquisito gusto.

La casa parecia abandonada, solo se veian criados y lacayos, sin encontrar amo alguno; sin embargo, todo parecia dispuesto para recibir á una persona de alta alcurnia.

El mulato llamó á la puerta dando un número convenido de toques, y la puerta se abrió.

Rosalía precedida por el mulato subió la escalera, que tenia un magnífico alumbrado, atravesó un ancho corredor lleno de plantas y flores, y penetró en un salon ricamente amueblado.

—Esperad aquí, dijo el mulato, la señora no debe dilatar.